

**L A V I D A C O T I D I A N A
D E L A H A B A N A**

J E G O R V O N S I V E R S

Si orientamos nuestra atención hacia la vida en la ciudad, observaremos que la plaza del mercado comienza a poblarse aún antes de amanecer. La plaza del mercado, es un rectángulo alargado, rodeado de salas abiertas y a esa temprana hora del día, que debe observarse estrictamente en razón del calor que aprieta más tarde, aparece iluminada por numerosas luces. Los vendedores ofrecen allí todo cuanto se necesita en una cocina, expuesto sobre la tierra o bien sobre mesitas pequeñas; pescado, hortalizas, frutas, carne, etc. Sólo durante la estación lluviosa el mercader y sus productos buscan refugio bajo techo. ¡Qué algarabía! ¡Qué olores! Ningún blanco libre se hace ver en la plaza del mercado. únicamente los negros o los esclavos de color se encargan de hacer las compras para sus respectivos amos. Tenía para mí un encanto especial pasearme entre aquel tumulto. Voces y gritos, improperios y maldi-

ciones, las más fervientes artes de la persuasión, la risa inextinguible tan propia del hombre negro que ningún blanco ha podido imitar, diálogos incansables sostenidos con tal viveza cual si estuviera en juego el bienestar de toda la humanidad, y a todo esto la mímica inimitable, el movimiento de manos y pies, las contorsiones del cuerpo. ¡Por Dios! Si nuestros propios bailarines clásicos podrían aprender algo nuevo allí.

Con los primeros albores despiertan las demás plazas y calles, y en el puerto comienza el movimiento. La Bolsa ya abre sus puertas y a partir de las seis o siete de la mañana se celebran negocios. La carga de mercaderías sigue su curso y bajo los muelles cubiertos, en torno a la magnífica fuente de mármol esculpida en Italia que representa a Neptuno, brega la horda de negros estibadores desnudos.

Guardias montados y ordenanzas se abren camino entre la multitud que se aparta espantada. A las nueve de la mañana la agitación comienza a ceder. La hora del desayuno llama a retirarse de los abrasadores rayos del sol. A las horas del día en que en Europa septentrional y central la vida cuyas calles es más animada, en La Habana rige un solemne silencio. El carretero duerme a la sombra de su

vehículo, el vendedor de ananaes se queda plácida-mente amodorrado junto a sus frutas, al amparo del techo de lona. En cambio, en los cafés despierta una actividad tanto más animada. El tintineo de las copas se mezcla con el ruido de los jugadores de billar, la lonja está colmada de huéspedes, en su mayoría espectadores ociosos que han ido a ponerse a resguardo del sol. Finalmente, hacia las dos de la tarde empieza a manifestarse en las calles signos de un movimiento perezoso. Sólo se ven cargadores negros y carreteros que arrastran sobre sus carros de dos ruedas, tira(los por un solo animal, toneles, cajones o fardos. Pronto aparece aquí y allí una que otra volanta, esos originales carruajes habaneros que llevan a los visitantes a distintos lugares, pues en esos momentos como a cualquier hora del día es tiempo de recepción en La Habana. Recibir una visita a cada minuto y verse obligado a dejar de lado cualquier ocupación -aunque no sea sino meditar sin ser importunado- es una incomodidad que sin duda sorprenderá al europeo a quien en su afición al retiro siempre le falta tiempo para estar solo en paz. Pero para juzgar correctamente esta costumbre habanera deben tenerse en cuenta dos circunstancias: en primer lugar la ociocidad de las mujeres, pues

son pocas las que tocan al piano, bordan o hacen algo más sólido, como confeccionar pañales y ropas para las esclavas, en gran parte porque tales menesteres se dejan en manos de éstas. En segundo lugar, el trato mucho más amistoso y fraternal existente entre los conocidos, -del cual nosotros los nórdicos difícilmente podemos hacernos una idea-, no les permite aprovechar los momentos de ocio para pensar y estudiar como es habitual entre nosotros. El cordial saludo de despedida -¡Adiós! ¡Hasta cada momento!- no es una mera fórmula, un modismo, como los que usamos los nórdicos apelando a nuestro inagotable léxico, sino un hecho. Por cierto, las puertas están siempre abiertas para el huésped y su silla arrimada a la mesa tendida. La libertad del trato tiene además otras facetas, una obligación a la que el europeo sólo se sometería a duras penas. Si nos sentamos al piano, si pulsamos las cuerdas de una guitarra, si escapa una melodía de nuestra garganta no prevista para una audiencia comienza a moverse en todos los aposentos y corredores una horda de negros, que en las casas opulentas superan el centenar. Se sientan en sillas y bancos y, pronto te encuentras rodeado de un público agradecido al que no se le escapa ningún son de tu instrumento, ni

movimiento alguno de tus labios. O bien estás sentado trabajando, sumido en tus pensamientos y de pronto se abre la puerta que jamás está cerrada con llave, una figura oscura se escurre dentro del aposento y tú no le prestas más atención en la creencia que se ocupará de algún menester doméstico. Como vuelve a hacerse el silencio levantas la vista y te encuentras a una negra cómodamente sentada en un elegante mueble, que te contempla imperturbable. Le preguntas asombrado cómo ha logrado llegar hasta allí y te deja estupefacto con un pedido: quiere que le regales un medio, pues ese es el único objeto de su presencia.

Durante el día las ventanas permanecen cerradas con persianas para evitar la entrada de los rayos solares, pero sin obstaculizar a los moradores de la casa la visión de la calle. En este magnífico escondite, vestidas con una bata matinal adecuada al clima, una especie de peinador del más fino hilo, encontramos a las señoras y niñas fumando cigarrillos o bien un cigarro, en afable charla o sentadas al plano, el cabello sin toca alguna, aun en las damas de edad madura, y sin más adorno que una flor recién abierta en el lado izquierdo de la cabeza, entre los rulos. Ataviados con este exótico atuendo tropi-

cal, las mujeres ascienden a sus volantas (en las familias adineradas hay una a disposición de cada miembro, pues el pie de una habanera jamás pisa el ordinario suelo que está demasiado húmedo, cuando no muy polvoriento para sus chapines de raso blanco. Salen a recorrer las tiendas para examinar las mercancías que habrán de adquirir y que los dependientes sacan a la calle. Solamente en las horas más calurosas del día, cada uno se retira a sus aposentos íntimos y las alegres figuras de cabeza descubierta y sin parasoles se marchan con sus volantas para reaparecer alrededor de las seis o siete de la tarde.

Antes de las cinco comienza la verdadera toilette, pues para la mesa, es de rigor el traje convencional. Cuando las damas se presentan a mediodía, su vestimenta parece poco alterada: las mismas prendas de batista guarnecidas de puntillas, es decir el mismo género, pues la camisa se cambia dos o tres veces al día, un vestido del más fino hilo, adornado asimismo con puntillas auténticas, pero de mangas cortas y escote profundo. En los cabellos una flor fresca y a menudo un peinetón de carey calado que sujeta a la cabeza un largo velo orlado de encajes que hace pensar en un vestido de novia o de baile. Completan el atuendo delicadísimas medias

de seda blanca y chapines de raso igualmente blancos. Quien contempla por primera vez este lujo, no alcanza a comprender cómo se puede vivir con tanta prodigalidad, pues advierte enseguida que esos vestidos tan pronto son sometidos al lavado, no pueden volver a cubrir el cuerpo de las caprichosas habaneras y pasan junto con los chapines de raso a manos de las negras que a su manera se truecan en las más abominables figuras satíricas de aquellas ninfas. Aun cuando la figura de la mujer cubana jamás fue sacrificada por un corset, o tal vez porque jamás desfiguró su cuerpo un corpiño, goza del doble atractivo de sus formas naturales y de los movimientos libres que resulta particularmente encantador al ojo europeo, acostumbrado a ver cuerpos acorazados y tierra en los ademanes. No queremos llegar al extremo de ese padre jesuita que consideraba apropiado vestirse en cada país según la costumbre en él imperante y exigía un nudismo absoluto, sino deseamos tan sólo que nuestras damas se sintieran transportadas ala atmósfera tranquila del mediodía cubano, con un calor de más de 38° C para que comprendieran cómo la necesidad climática se torna imperativa sin llegar no obstante a lesionar en lo más mínimo las buenas costumbres.

Admito que el ojo del nórdico inexperto es sometido a una dura prueba cuando ve agitarse en su inmediata vecindad el seno semidesnudo de las criollas, y comprendo la indignación de los virtuosos viajeros europeos que vituperan la osadía habanera sin sospechar que en cuanto a moralidad esas jóvenes damas no le van un ápice en zaga a muchas de sus hermanas europeas que se abrochan y abotonan las prendas hasta los dientes.

Los niños de la clase obrera y los de los pequeños comerciantes andan desnudos hasta la edad de cinco y seis años y por cierto se los encuentra en las callejuelas en ese estado. Los rapaces negros andan desnudos hasta los ocho años por economía y por comodidad y, por consiguiente, las habaneras están acostumbradas desde criaturas a ver tales cosas. Bajo la ardiente canícula no es raro encontrar en la calle negras con la mitad del cuerpo desnudo, un cigarro entre los labios, una cesta con frutas sobre la cabeza y una lio de ropa bajo el brazo, que transitan sin la menor turbación.

Al igual que en la América septentrional, en La Habana se descuida la educación de los niños dentro del hogar. El niño hace lo que le viene en ganas sin ser reprendido por sus padres. Los mayores

brindan a la juventud la libertad que ellos mismos disfrutaron. El varón, apenas llegado a los catorce años, sale en su volanta, sin más compañía que la de un negro, visita a sus amigos con quienes almuerza y comparte toda clase de diversiones.

La vestimenta de los niños pequeños supera en lujo y ligereza a la de las mujeres. Una camisita de linón que cubre apenas hasta la rodilla, con profundo escote, adornado con puntillas sobre el pecho, sin mangas y que se sujeta a los hombros mediante moños, es todo su atavío y el párvulo juega sobre las esteras con libre gozo.

La criolla hispánica es de mediana estatura, de formas exuberantes y tez de color suave, cuyo pálido y aterciopelado matiz armoniza a las mil maravillas con sus ojos negros y su cabello oscuro de reflejos azulados. La frente es más ancha que alta, la nariz fina y recta, los labios finos, los senos turgentes y libres, la cintura esbelta pero sin la ayuda de artificios, el vestido no muy largo no llega a cubrir el pie que compite con los más raros por la belleza de su forma y su pequeñez. La hamaca, donde hasta hace un momento estaba reclinada la Doña, lanzando al aire el aroma de su cigarrillo en graciosas volutas, ha quedado vacía. El sol retira sus rayos

abrasadores del patio cerrado de la casa. La mesa ya está dispuesta y una bandada de sirvientes negros contempla con la mayor devoción a los comensales que hacen su aparición en el comedor y van a ocupar su lugar en la mesa: la dueña de casa o la abuela, afanosa por servir a todos, en la cabecera. En América Latina la mujer goza de alta estima. No es objeto de las ridículas cortesías que el norteamericano suele tributar a toda clase de criatura que no sea el hombre, sino es enaltecida por un matriarcal respeto cuando los años blanquean su cabeza y es agasajada con gentil veneración en tanto su rostro irradia los encantos de la juventud. Encontraremos a las mujeres en el Paseo y en los salones y comprenderemos qué les confirió el nombre de la criatura traviesa, la observaremos asomada a la reja de su ventana y cada nueva ocasión vendrá a confirmar nuestro juicio.

Pero no olvidemos nuestra descripción de un día habanero pues los señores de la casa ya se han sentado a la mesa que compite con la cocina de Francia en la delicadeza de los variados platos preparados. El criollo es más gastrónomo que el francés y particularmente en las clases superiores, en la

sociedad de los acaudalados, impera la ostentación más inusitada.

Se abren a la vista numerosas fuentes y escudillas con su abundancia de los más variados manjares que difícilmente saciarían a un nórdico, a lo sumo estimularían o arruinarían su apetito. Un inglés, por ejemplo, ansioso de comer un roastbeef, o mutton-chops, se sentiría amargamente decepcionado. El criollo, a semejanza del francés, se empapuja con salsitas y diminutos platillos que naturalmente sacian el hambre por poco tiempo y en los lugares de clima cálido éste vuelve a manifestarse pronto en forma de sed que se apaga con toda clase de frutas deliciosas que la tierra ofrece en abundancia. En general, se observa una predilección por los alimentos vegetales en contra de los de origen animal y aun cuando el criollo rico paga caro su cocinero francés, pues así lo exige el buen tono, se vuelca de preferencia a las comidas criollas. Para el paladar alemán y el francés, el excesivo uso de aceite, pimienta de Cayena y pimentón constituyen agregados indeseables. Para apreciarlos es necesario tener un gosier pavé.

Antes de ser levantada la mesa, los comensales se retiran a la estancia contigua o al jardín si se trata

de una mansión de campo, para evitar el olor de las sobras de las comidas y de los vinos y no obstaculizar el desagradable menester de levantar los platos, tarea propia de los sirvientes, antes de ser desplegada la nueva decoración. A los pocos minutos regresan a la mesa que ofrece la más rica abundancia de aromáticas frutas, postres y todas las confituras imagiabiles servidas en finísima vajilla de cristal y porcelana.

Cuando el almuerzo se sirve en el campo y en particular cuando honra la mesa un huésped, ésta se decora con las flores más lujuriosas que con su maravilloso colorido y su fragancia exótica contribuyen a acrecentar los goces del sentido del gusto. A diferencia de esta ostentación de vajillas de plata, cristal y porcelana, de manjares exquisitos que a menudo elevan un solo almuerzo a más de cuatro mil pesos, las comidas de la clase media se componen de cebollas y otros aditamentos meridionales.

Concluido el almuerzo, comienza la verdadera vida en La Habana. Mientras por la mañana los negocios eran el único objeto del movimiento, y comerciantes presurosos, carretas cargadas de fardos, panaderos y verduleros, campesinos venidos a la ciudad para vender sus gallinas y avisos llenaban las

calles y las plazas, el atardecer es la hora de la distinción y el habanero sale de su casa acicalado con el traje parisino más novedoso y rebuscado. Frente a todas las puertas aguardan las volantas que pronto son ocupadas por damas vestidas de blanco y parten hacia la Alameda de la reina Isabel. Adelantémonos para ver mejor a las bellas cubanas.

La Alameda, un magnífico paseo, rodeado de susurrantes árboles tropicales que alcanzan a gran altura sus umbrosas copas, se encuentra extramuros y constituye el límite de los arrabales. Comienza cerca de la prisión de Tacón y, del Castillo de la punta, atraviesa casi toda la península que cierra la bahía, donde se levanta la ciudad y concluye más allá del Campo de Marte, con una extensión total de 1.900 pasos. El Paseo de Isabel es preferido al de Tacón, próximo al Castillo de Príncipe y bastante retirado de la ciudad y al Paseo de Paula, debido al teatro Tacón que se levanta en sus inmediaciones y es el más iluminado durante la temporada teatral. Es para los habaneros lo que los boulevards para los parisinos, el Hyde park para los londinenses, el Prater para los vieneses, el Gran jardín para los habitantes de Dresden, el Litiden para los berlineses y el Nevskisclie Prospekt para los rusos de San Petersbur-

go. Los peatones con sus modernos trajes y sombreros negros, reflejo tan fiel del modelo original francés que es menester buscar las palmeras con la vista para cerciorarse donde nos encontramos en realidad, caminan por las aceras, separadas de los jardines de las casas de familia por vistosas rejas de hierro forjado. Emanan de esos vergeles la fragancia embriagadora de las flores y los azahares. Elegantes jinetes desfilan junto a las volantas y saludan a las damas que pasean en ellas de a dos o tres, envueltas en sus blancos atavíos de muselina, con la cabeza y el cuello descubiertos y flores frescas entre su cabello oscuro.

La volanta o el quitrín son los vehículos más raros, originales y pintorescos que haya encontrado en el mundo. El quitrín arrastrado por un caballo, mide siete a ocho metros de largo y consta de una cesta liviana, plana y guarnecida de plata, cuyo acolchado está recubierto de seda rosa o celeste. En el espacio existente entre las dos varas, entre las cuales es unido el caballo o la mula que monta el calesero, se apoya este amplio asiento donde pueden acomodarse con holgura tres personas. Las ruedas del carruaje tienen un diámetro de un metro y medio, es decir, una altura tal que las varas que parten del eje alcan-

zan el arnés del caballo en su borde inferior. La espaciosa capota, provista en su parte posterior de una abertura de un metro de alto, se repliega durante la noche para permitir una mejor contemplación de las bellas ocupantes, ansiosas de halagos y puedo asegurar de acuerdo con mi propia experiencia que en ninguna parte el gesto desafiante y victorioso de la belleza ha hecho mejor impresión que desde lo alto de aquel sitio, hasta el cual se elevan las miradas escudriñadoras de los peatones. La dama joven, sentada entre las otras dos de más edad, un poco inclinada hacia adelante, advierte satisfecha que su admirador no ha dejado de concurrir al paseo para verla a la hora acostumbrada. Ella le sabrá agradecer, cuando pase la próxima vez por su balcón al atardecer, mientras su madre está entregada a su siestecita. Como las volantas circulan por las calles hasta bien entrada la noche, llevan dos elegantes faroles con adornos de plata a ambos lados de la pantalla protectora que arranca delante de los pies. No le van en zaga a los faroles, los estribos de plata decorados con preciosos trabajos de refinado gusto. Quien haya comparado las diversas variaciones de los carruajes particulares en las ciudades de Europa, no podrá imaginar el lujo de los habaneros, pero si

ha visto deslizarse los trineos de los carreros berlineses podrá hacerse una idea aproximada de la calamidad en que va a parar la suntuosidad de la volanta en manos de un cochero. Tan contrastantes como los quitrines mismos, lo son también los caballos y mulas que los tiran, y los negros que los conducen. Su vestimenta parece bastante extravagante y colorida. En sus zapatos de charol resplandecen las espuelas de plata rivalizando en brillo con las bridas del mismo metal. Usan estrechos pantalones de terciopelo con cintas en las rodillas y polainas altas de cuero charolado, debajo de las cuales se asoma con frecuencia el negro pie desnudo del calesero. El chaleco parece de color claro, la chaqueta sobre cuya solapa cae el cuello de la camisa, prolijamente festoneado, lleva una recargada guarnición de alamares y ostenta un color llamativo. Completa el atuendo un sombrero negro de copa alta, adornado con una escarapela y galones.

Estos carros triunfales o carros de Venus recorren el Paseo a la hora del ocaso. Las palmeras y las mimosas susurran; de todos los canteros asciende el perfume de las flores, los surtidores de las fuentes rumorean, la multitud se dirige en una columna ondulante hacia la casa del teatro. Todos admiran a las

bellas criollas y nadie repara en las maravillas de la Naturaleza, nadie dedica una mirada a la estatua de Habana, la desdichada india, hija de un cacique. Sólo el nórdico extranjero goza el encanto de lo extraño y lo poético, sea cual fuere la forma en que se ofrece. Mientras la muchedumbre ávida de espectáculos entra en el teatro que ya habíamos visitado, nosotros vamos a la ciudad presurosos para observar allí la vida que se despliega.

Cuanto más se oculta el sol en el horizonte, cuanto más crepuscular es la atmósfera, tanto más agitado es el pulso de la vida en las calles que, iluminadas en parte con gas, son la antítesis viva del mediodía muerto. Si durante el día no comprendes cómo una ciudad tan vasta puede aparecer desierta al extremo que los muros desnudos, casi desprovistos de ventanas no ofrecen nada digno de ver, con excepción de los talleres donde a ras del suelo y a puertas abiertas hay muestras de actividad, más te extrañará y te preguntarás qué hechizo hace aparecer de súbito todas esas bandadas de personas joviales, cómo pueden albergar esos edificios sin ventanas tanta vida y mantenerla tan oculta a los ojos del espectador durante las horas del día. Mientras las viejas casas nobles no abandonan su carácter

medieval de fortalezas y los moradores se conforman, como antaño, con las ventanas abiertas sobre un patio interior, el nuevo rico, más comunicativo y accesible, no ha querido perder de vista la calle, el exitoso teatro de los esfuerzos propios o de su progenitor. Estas viviendas más modernas, cuyo carácter rara vez es imitación del viejo y adusto palacio, tienen grandes y numerosas ventanas para permitir una visión de la vida interior de la casa, pero sólo durante las horas más frescas del atardecer. Cuando se levantan las persianas, se nos hace comprensible al menos en parte la verdad del dicho: -La vida privada de La Habana es pública - y la vida pública secreta".

Las suntuosas ventanas provistas de hermosas rejas de hierro, llegan hasta el piso y ponen al alcance de la vista de los transeúntes, lo más reciente que se haya diseñado en decoración elegante. El comedor, para el cual se emplea una de las galerías provistas de celosías, el dormitorio y todos los demás aposentos dan a un patio cerrado y reciben el aire refrescado por los cenadores, pero con excepción del comedor donde tienen acceso los huéspedes, están muy descuidados porque en general la limpieza se confía a esclavos sucios y sólo excepcional-

mente la dueña de casa se ocupa de mantener el orden y el aseo aquí y allá. El salón, siempre abierto a todos los ojos, aun a los de los huéspedes indeseables ofrece un contraste tanto más chocante con la suciedad de los cuartos posteriores. Cuanto más reducido es el bienestar de los moradores, más notable es este contraste. Cuando la familia no ha concurrido al teatro o ¡lo ha ido a sentarse a la galería que adorna algunas casas ricas de los suburbios, se reúne a esa hora en el salón, bañado por la tenue luz de una araña.

Los sillones y las batucas, esas mecedoras insustituibles cuando aprieta el calor, forman dos alas a los costados del volante que de acuerdo con el peculiar gusto habanero ocupa el lugar de honor en la sala más distinguida. ¿Por qué este mueble suntuoso, adornado con guarniciones de lata, y tapizado con las sedas más finas, le va en zaga a los demás? Sobre su imponente altura se han dejado caer dos niñas jóvenes, los padres y abuelos se mecen en sus batucas. En los intervalos de la conversación se oye el murmullo de los abanicos en incansable movimiento en manos de las habaneras. Estos grupos familiares invitan al transeúnte a detenerse y ¿por qué no habría de participar él también en tales pláti-

cas? Una de las damas jóvenes ha estado observando desde largo rato a las personas que se pasean en la penumbra, las ha mirado con impaciencia. En ese momento se incorpora de un salto, corre a la reja de la ventana y ya se ha iniciado un diálogo entre susurros al que los demás contertulios no prestan ninguna atención. Los círculos habaneros son casi tan exclusivos como los que han hecho famosa a la sociedad londinense. La línea divisoria no sólo la establece el color, sino también el rango. Pero al igual que en Inglaterra, en Hispanoamérica la fortuna es como una varita mágica que a poco de vibrar hace abrir todas las puertas y los corazones.